



Ana María Jurisch

Büro für interkulturelle Moderation, Beratung, Training

Historias de viaje

Vuelvo al Sur ... como se vuelve siempre al amor ...

Después de diez años de estar fuera del país – dictadura de por medio – volví por primera vez a la Argentina en 1986. Fué un viaje especial para mí, muy emocionante después de tanto tiempo. Qué sería de los amigos, de qué lado estuvieron, cómo estaría el país, más allá de las noticias que se recibían en el extranjero?

Llego a Buenos Aires y mi madre con su segundo marido me comunican al segundo día, que se iban para Sierra de la Ventana para pasar dos semanas de vacaciones, ya estaba previsto así antes de que yo llegara, y no era cuestión de cambiar los planes por mí. Yo, dolida ante la indiferencia, propuse viajar unos días más tarde y encontrarme con ellos allá, en Sierra de la Ventana. No sé muy bien por qué se me ocurrió semejante idea. Supongo, que el hecho de volver a la Argentina, de volver al Sur viajando aunque más no sea hasta Sierra de la Ventana, era recuperar algo de mi identidad, era volver a los paisajes internos de mi infancia y biografía. Había estado en Sierra de la Ventana de niñita, cuando ni la implosión familiar ni la migración nos habían separado a todos. Epocas felices.

Me recomendaron viajar en autobús (más seguro y comfortable) pero yo, terca, preferí viajar en tren, en segunda clase, al lado de la gente, en medio de todos, desde Constitución a Sierra de la Ventana, trocha ancha, una sola, de noche. Siempre me encantó viajar en tren y lo sigo haciendo donde vivo ahora, en Alemania. El tren es un microcosmo fascinante y la historia que aquí cuento, tiene que ver con eso ... las aventuras y desventuras de una mujer que viaja sola en tren.



Era junio y ya las noches eran bastante frías y yo – desestimando los trenes argentinos y las heladas pampeanas – no me preocupé por llevar abrigo. Me morí de frío. El tren, incomodísimo. Corrientes de aire helado que se colaban por puertas y ventanas y reclutas que dormían por los pisos, bloqueando los corredores y los toiletes con sus cuerpos y sus bártulos. Iban a sus respectivos cuarteles – supongo – a los últimos confines de la república. Por suerte, ya no iban a las Malvinas, pensaba yo. Pero a dos años del final de la dictadura, habría cambiado algo dentro de los cuarteles, el trato, la violencia, la mentalidad?, me preguntaba. Pobrecitos.

Mientras el tren salía de la estación de Constitución miraba pasar las luces de la ciudad cada vez menos brillantes en los barrios de sur. Como por reloj, un tipo se sienta al lado mío y me empieza a conversar, que es viajante, vendedor de ropa interior de mujeres, y que señal del destino haberme encontrado en ese tren, y que si no quería seguir con él hasta Bahía Blanca, en vez de bajarme en Sierra de la Ventana. Conocen este discurso chicas? Yo, helada y un tanto conmovida por el viaje, no sabía muy bien cómo sacármelo de encima. Propuse ir al vagón comedor para tomar un té y ganar tiempo. Pasamos a zancadas por encima de los reclutas dormidos tratando de no despertarlos. El coche comedor ya había visto mejores épocas y los mozos estaban verdes de años de servicio y de sueño. Nos sirvieron un té, que de un sorbo me trajo a la memoria el sabor del té de Buenos Aires, sabor a cloro pero familiar, rico solo para nostálgicas como yo pero calentito. Y hablé de heuyes perdidos, con la mesa de por medio para mantener la distancia, y los mozos – sin saberlo – como guardianes y testigos. Pero llegó el momento de cerrar el boliche y tuvimos que regresar a nuestros asientos.

El viajante en cuestión de ropas interiores femeninas, habrá pensado que había llegado el momento de “ir al grano” y entonces, reacción arcaica femenina, criada en ese Buenos Aires donde desde pequeñas aprendemos a defendernos de hombres que creen que niñas y mujeres somos ante todo los oscuros objetos de sus deseos, me hice la mística. Le empecé a hablar de lo importante que ese viaje es para mí, en medio de la nada, de la noche argentina con su impresionante cielo del sur cubierto de estrellas, de la Cruz del Sur que en Europa no se ve – evidentemente – porque es del Sur – paredón y después ... y de las tres Marías, de las cuales siempre me consideré una, la otra mi hermana y la tercera mi prima, porque las tres llevamos el María en el nombre y cosas por el estilo, y evidentemente lo asusté, y para el resto del viaje me dejó tranquila, pensando supongo, que sería arriesgado meterse con una loca mística.

De madrugada, el tren llegó a Sierra de la Ventana. Me bajé, los huesos tiezos de frío, en una estación que parecía congelada en el tiempo y la historia, postal inglesa de principios de siglo. Pintada cariñosamente de celeste, azul y rojo, descascarada por el paso de los años, la lluvia y el viento. Me recibieron un guardián de estación que parecía Lech Walesa, el sindicalista polaco de Solidarnosc y su perrito. Me saludaron los dos, el guardián con acento provinciano, cálido y el perrito saltándome alrededor de las piernas, me convidaron un mate, y me acompañaron un rato por el camino de tierra hacia el camping (compensación por la experiencia nocturna), dónde mi madre ... y su segundo marido se habían instalado con su casa rodante.





Ana María Jurisch

Büro für interkulturelle Moderation, Beratung, Training

Ellos tenían su programa armado. En algunos casos los acompañé, en otros salí sola a descubrir "mi interior". Y descubrí mil historias ... historias mínimas o grandes, muchas veces surrealistas ... que los porteños normalmente desconocemos por completo y que tiene que ver con la soberbia de Buenos Aires con respecto al interior del país.

Yo me instalé en un hotelito del Automóvilclub Argentino, modesto pero acogedor, con ese olor querido y típico del campo argentino. Las casas rodantes me dan claustrofobia y además ... necesitaba estar sola para volver al Sur ... su buena gente, su dignidad ... Fué un viaje al INTERIOR, conmovedor. Ojalá las actividades de REDES y el Instituto Argentino de Ferrocarriles lleven a que en el futuro, se pueda viajar a Sierra de la Ventana ... en tren!